

UN FRAILE FRANCISCANO EN LA ESCUELA: EXPERIENCIA Y TESTIMONIO

JAVIER GÓMEZ CEDIEL

RECIBIDO: 01/11/2023

ACEPTADO: 15/11/2023

Nuestra Orden ha sido desde sus inicios una fuerza impulsora en la promoción de la educación y la formación espiritual. Pese a las aparentes reticencias de san Francisco, la Orden adoptó un enfoque único hacia la enseñanza, que trascendió las fronteras de lo puramente académico y se centró en el desarrollo integral de la persona.

El corazón del franciscanismo, arraigado en la humildad y la devoción, se refleja así en su enfoque educativo. Los frailes franciscanos abrazaron la idea de que la educación no sólo debía impartir conocimiento intelectual, sino que también debía nutrir el espíritu y fomentar la compasión por los menos afortunados. Esta perspectiva única convirtió a los conventos y escuelas franciscanas en lugares donde los estudiantes se instruían y también se esforzaban por vivir los valores de la caridad y la justicia social.

A lo largo de la historia, la Orden Franciscana ha fundado y dirigido numerosas instituciones educativas en todo el mundo, desde escuelas parroquiales hasta universidades de renombre. Estas instituciones se han convertido en faros de educación, donde los frailes franciscanos han ejercido roles de maestros, consejeros y guías espirituales. Su labor ha consistido no solo en impartir conocimientos, sino también en modelar una forma de vida basada en la humildad, la pobreza y el servicio a los demás.

Es así como el compromiso de los religiosos con la educación ha ido más allá de las aulas. Han integrado la enseñanza con la caridad, realizando proyectos y actividades destinados a ayudar a los más necesitados. Han

abogado por la justicia social inspirando a sus estudiantes a convertirse en agentes de cambio en sus comunidades.

En la actualidad, las escuelas y universidades franciscanas continúan desempeñando un papel fundamental en la formación de líderes y ciudadanos comprometidos con la justicia, la compasión y el servicio. El legado del franciscanismo en la educación sigue siendo una fuente de inspiración para aquellos que buscan una educación que trascienda las fronteras académicas y promueva valores fundamentales para una sociedad más justa y solidaria. Esto es lo que se intenta llevar a cabo, por ejemplo, en el colegio de la Inmaculada en Cartagena (Murcia).

Por tanto, en las páginas que siguen, exploraremos más a fondo el papel del fraile franciscano no sólo como educador profesional sino también como evangelizador en el contexto de la realidad tan secularizada que conoce España en este inicio de siglo XXI.

1. EL PRIMER “EVANGELIZADOR”: EL FRAILE Y SU FRATERNIDAD

Sabemos la importancia que cobra en san Francisco la fraternidad en la evangelización. Esta fraternidad, que es un don de Dios (Testamento 14-15), se encarna en rostros concretos, en actitudes particulares al mostrarse los hermanos “familiares entre sí” (Regla Bulada 6,7).

Estos hermanos son los principales agentes de evangelización: el franciscano no debería actuar solo, cual francotirador, sino inserto en un movimiento donde se integran todos los miembros de la fraternidad (cf Leyenda de los Tres Compañeros 38-40) desde el guardián, que vive su ministerio como un sometido o servidor (cf Regla no Bulada 4; Regla Bulada 8,4) hasta el último profeso. Esta misión le incumbe también a los profesores y laicos que están junto a la fraternidad para llevar a cabo la tarea evangelizadora.

En este sentido, desde hace unos años se trabaja esta tarea como una “misión compartida”. En efecto, consideramos que juntos hemos aceptado el regalo que Dios otorga a todas las personas, convirtiéndonos en hermanos y descubriendo en ese regalo la vocación única que cada uno ha experimentado al sentirse amado por Dios.

Esto responde a la invitación universal del Padre y es la razón de ser de la Iglesia, de compartir la vida. No se trata de reemplazar a los religiosos con laicos o voluntarios en la tarea evangelizadora, sino de compartir la experiencia y la vida cristiana inspirados en el ejemplo de san Francisco.

Compartir la vida implica, del mismo modo, una forma de ser y vivir, así como una forma de hablar y actuar, con una misma visión y un proyecto de amor común, con disponibilidad, fraternidad, acogida y convivencia. También implica aportar las particularidades de cada estado de vida en la familia, la sociedad y el mundo escolar, construyendo juntos el Reino de Dios deseado por Dios en nuestro centro.

Por lo tanto, al compartir la vocación, también compartimos la vida y formamos una comunidad para la misión.

Más concretamente, para compartir la vida consideramos tres pilares fundamentales: el reconocimiento, la vocación y la transmisión del carisma:

El reconocimiento implica reconocer a todas las personas desde su dignidad y unicidad, valorándonos mutuamente y fortaleciendo la complementariedad. La vocación nos hace conscientes de que toda vida es una vocación de Dios para participar en su vida divina, y debemos comprender la especificidad de las vocaciones laicales y religiosas. Por fin, consideramos que la transmisión del carisma es esencial y requiere un proceso de formación que enriquece el carisma compartido por todos.

Por eso, resulta importante señalar que esta misión en fraternidad no es un esquema empresarial que busca una particular eficacia o una lógica empresarial de costes/beneficios. Efectivamente, como nos lo enseña san Francisco, lo que valoramos y priorizamos son las relaciones personales, el amor que compartimos: no se busca por tanto rentabilidad ni funcionalidad.

Así, de hecho, se puede ver la actividad de nuestro Señor: vivió la mayor parte de sus 33 años en la tierra en el tranquilo anonimato de la vida cotidiana. Este aparente retiro de Dios, esta ineficacia, resulta, para nuestras mentalidades, por lo menos asombroso.

En un tiempo lleno de carpinteros como El o de profesores o maestros como nosotros, la presencia discreta de Dios se desliza suavemente en las actividades mundanas de la vida cotidiana.

Este acercamiento sorprendente de Dios a través de la encarnación en la rutina de las relaciones humanas, como visitar a vecinos y parientes, asistir a eventos importantes de su comunidad, participar en festividades familiares y religiosas, así como en las oraciones en la sinagoga los sábados y la peregrinación anual a Jerusalén, es una revelación revolucionaria. La proximidad es tan impactante que cuando Jesús finalmente revela su divinidad (cf Mc 6,3), sus allegados quedan profundamente sorprendidos. Esto mismo se puede decir de la actividad evangelizadora del religioso en el seno del colegio: un saludo, una palabra de ánimo al alumno cabizbajo, un café compartido con los profesores, celebrar la santa Misa con los niños, recibir un abrazo...

Esta forma de vivir una vida evangélica, de ser una presencia significativa, fue una de las principales formas de proclamar el mensaje para los primeros seguidores de San Francisco. Ya sea trabajando en las labores de temporada en el campo o en los asilos de leprosos, la importancia que San Francisco atribuía al trabajo en el mundo exterior es un testimonio evidente de su enfoque. Vale la pena señalar que Francisco no envió a sus seguidores a trabajar en casas ajenas para que la gente valorara el trabajo, ya que ya tendían a trabajar en exceso, sino para infundir el espíritu del santo Evangelio y la vida espiritual en sus actividades laborales.

En ese sentido, a continuación, veremos con más detalle cómo se puede entender esta invitación e insistencia en trabajar en “casa de otros”.

2. TRABAJAMOS “EN CASA DE OTROS” (REGLA NO BULADA, 7)

Tal y como lo acabamos de anunciar, el religioso franciscano está llamado a trabajar y a estar en comunión con los que tienen que “trabajar para comer”, es decir con los laicos con los que colaboramos en nuestros colegios: miembros del cuerpo profesoral, administrativos, personal de limpieza...

Aquí tenemos, desde luego, un amplio espectro de evangelización donde la simplicidad del testimonio nos puede llevar a señalar unos cuantos elementos.

El primer punto es la significativa importancia que podemos atribuir a la virtud del buen ejemplo. En ninguna otra espiritualidad ni en la vida de ningún otro santo encontramos tantos testimonios, preceptos, exhortaciones y prácticas relacionadas con esta virtud. Sin embargo, es importante destacar que esta virtud no fue inventada por San Francisco, ya que su base se encuentra en el Evangelio. San Francisco, sin embargo, merece el crédito por enfatizar y valorar ampliamente esta virtud tanto en su vida personal como en la espiritualidad que nos legó.

Así, la imitación de Cristo es el fundamento principal del buen ejemplo franciscano. San Francisco buscaba replicar la vida de Cristo y revivir el Evangelio en su propia existencia, y consideraba que esta imitación debía reflejarse en su comportamiento y acciones diarias. Este principio se basa en el mandato de Jesús de que la luz de nuestras buenas obras brille ante los hombres para que glorifiquen a Dios.

Además del fundamento sobrenatural, el buen ejemplo franciscano también tiene una base natural. Sabemos efectivamente que la gracia no destruye, sino perfecciona la naturaleza, y que Dios ha preparado a cada persona para desempeñar un papel específico y especial en su plan divino. Por lo tanto, el buen ejemplo no solo es una virtud resultante de la vida virtuosa, sino que también puede y debe ser una actitud intencionalmente cultivada.

El buen ejemplo, tal como se entiende en la espiritualidad franciscana, no implica hipocresía ni la búsqueda de parecer lo que no se es en realidad. En cambio, se trata de ser genuinamente virtuoso y reflejarlo en la vida cotidiana. También implica rechazar la singularidad y evitar buscar la vanidad o la admiración de los demás. En lugar de eso, se debe practicar la virtud con humildad y sin pretensiones.

El buen ejemplo no solo es una consecuencia de una vida virtuosa, sino que también se considera una virtud autónoma que debe ser cultivada deliberadamente. No se debe buscar la fama personal, sino que el buen ejemplo debe contribuir a la buena reputación de todos los frailes y de la Orden.

En resumen, el buen ejemplo en la espiritualidad franciscana se basa en la imitación de Cristo, se cultiva con sinceridad y humildad, y se considera una virtud autónoma que debe practicarse conscientemente. Su objetivo es inspirar a otros a seguir el camino de la virtud y la santidad.

Como se ve, esta faceta evangelizadora es extremadamente sutil, dulce, respetuosa de la libertad de aquellos que nos observan: exactitud en el cumplimiento de nuestras obligaciones contractuales, austeridad, cuidado de las relaciones afectivas y laborales...

Esto no implica llevar una vida anónima, desapercibida, insulsa y sin impacto en la vida humana. Vivir en comunidad como hermanos y alentar a las personas a reconocerse mutuamente como “hermanos” es una forma fundamental de proclamación misionera. Esta noticia tan positiva es tan poderosa que se convierte en su propia “misión espiritual”. De hecho, podríamos decir que un indicio importante que el Señor resucitado deja a su Iglesia para demostrar su presencia en medio de la humanidad: “En esto reconocerán que son mis discípulos: en que se aman los unos a los otros” (Jn 3,35).

Es así como intentamos imitar a los primeros seguidores de Francisco que, a pesar de compartir la vida laboral común de su época, no estaban simplemente integrados en la sociedad; de hecho, a menudo eran considerados disruptivos e incluso escandalosos. Paradójicamente, se encontraban en los márgenes en lugar de estar plenamente integrados. Su testimonio silencioso era a menudo tan radical que sus acciones eran interpretadas como palabras provocativas que desafiaban el statu quo. Es a esta presencia llamativa que aspiramos en nuestro centro: ser docentes, sin serlo, ser trabajadores, sin serlo. Esto es precisamente lo que entendemos como minoridad: ofrecer nuestra disponibilidad al servicio de todos los seres humanos, ya que “nunca debemos desear estar por encima de los demás, sino más bien ser siervos y estar sujetos a toda criatura humana por Dios” (2CtaF 47). El siervo de Dios se caracteriza por servir a todos, y su actividad debe reflejar esta actitud de humildad y servicio.

Para ir aún más lejos, podemos decir que esta presencia ejemplificante es un previo necesario a la predicación propiamente dicha. En efecto, a menudo san Francisco entrelaza estas dos formas de apostolado. Es así como en las fuentes franciscanas, cuando se menciona el apostolado, se utiliza con frecuencia la expresión “con el ejemplo y con la palabra”, o también “con la palabra y con las obras”. La expresión “con el ejemplo y con la palabra” es especialmente característica de la Leyenda de los Tres Compañeros.

En sus Admoniciones, nuestro Padre declara: “Dichoso aquel religioso que encuentra su placer y alegría solamente en las palabras y obras santísimas del Señor, y con ellas inspira a los demás a amar a Dios con gozo y alegría” (Adm 20,1-2). En Espejo de Perfección se afirma que el “santo Padre... bendecía abundantemente a aquellos hermanos que, con palabras y obras, llevaban a los pecadores al amor de Cristo” (EP 51). Sin embargo, basta con abrir estos escritos en cualquier página para darse cuenta de que Francisco nunca separaba estas dos formas de apostolado.

Si tuviéramos que decidir cuál de las dos formas gemelas tenía prioridad para Francisco, no necesitaríamos recurrir a juicios complicados. Es tan evidente que él prefería y consideraba más importante el buen ejemplo, las obras y la vida, que no es necesario profundizar mucho en este punto para demostrarlo.

En primer lugar, el apostolado del buen ejemplo es más universal. Cualquier persona, sin necesidad de una formación cultural específica, puede practicarlo, siempre y cuando ame sinceramente y practique las virtudes. Por eso, ningún hermano estaba exento de esta predicación; en la Regla no bulada se prescribía: “Todos los hermanos deben predicar con sus obras” (1 R 17,2).

Los frutos de esta predicación no pueden ser otros que los insinuados por Jesús: “Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5,16). La siguiente declaración de san Francisco es casi una traducción literal de la palabra evangélica: “El comportamiento de los hermanos entre los hombres debería ser tal que cualquiera que los viera o escuchara alabara devotamente al Padre celestial y le diera gloria” (TC 58).

Según Francisco, la elocuencia de las obras tiene más poder de conversión que las palabras: recordemos el episodio de los ladrones y cómo san Francisco, después de indicar a sus hermanos cómo debían comportarse con ellos, concluyó: “Entonces, el Señor les inspirará que se conviertan debido a la humildad y la caridad que les habéis demostrado” (EP 66).

Por lo tanto, nunca se preocupó demasiado si encontraba obstáculos en su labor de predicación. Cuando algunos hermanos se quejaron de tales dificultades

y le aconsejaron que pidiera privilegios en Roma que les permitieran predicar libremente, Francisco se negó rotundamente, concluyendo así su reprimenda: “En mi caso, solo deseo tener un privilegio del Señor: no tener ningún privilegio de los hombres, sino mostrar reverencia a todos, y cumplir lo que la santa Regla manda, esforzándome por convertir a todos más con el ejemplo que con las palabras” (EP 50).

Y en su Testamento reafirmó esta idea: “Mando en obediencia a todos los hermanos que, estén donde estén, no se atrevan a solicitar en la curia romana, ni por sí mismos ni a través de intermediarios, ningún documento a favor de una iglesia u otro lugar, ni bajo el pretexto de la predicación, ni por amenazas contra sus vidas” (Test 25).

Francisco también exhortaba a los predicadores y a los hermanos dedicados al estudio a que recordaran que las obras eran más importantes que las palabras. Les enseñaba que el conocimiento adquirido debía traducirse en la vida, ya que, de lo contrario, la ciencia se convertía en mera teoría vacía que no tenía poder de transformación: “Los hombres realmente conocen tanto como practican, y los religiosos oran bien en la medida en que practican, porque solo se puede juzgar al árbol por sus frutos” (EP 4). Para Francisco, la ciencia se evaluaba por sus obras.

Además, Francisco no se contentaba solo con vivir de manera ejemplar, a veces recurría a actos simbólicos a propósito. Un ejemplo es el episodio en el que Francisco visitó a las hermanas de San Damián y, en lugar de predicarles con palabras, trazó un círculo en el suelo con ceniza, se cubrió la cabeza con ella y recitó el *Miserere mei Deus*. Luego se marchó en silencio. Esta acción enseñó a las hermanas que él se consideraba como ceniza, lo que transmitía un mensaje espiritual poderoso.

En resumen, para san Francisco, el buen ejemplo era una parte fundamental de su apostolado, y consideraba que tenía un poder de conversión más efectivo que las palabras. Nada ajeno a lo que se intenta vivir de manera silenciosa durante las horas que pasamos en el colegio: la veracidad de nuestras palabras, de nuestros materiales de pastoral, el impacto de los lemas e himnos que se proponen dependen en gran medida de que los religiosos vivan con sinceridad lo que prometieron. Resuenan en nuestras conciencias que hemos dado y abandonado nuestros “cuerpos al Señor Jesucristo. Y por su amor deben exponerse a los enemigos tanto visibles como invisibles...” (1 R 16,10-11)

El otro gran pilar de la tarea evangelizadora que se lleva a cabo en el colegio es el anuncio a los niños y jóvenes, a quienes nos atrevemos a llamar los nuevos “infieles” del siglo XXI.

3. “DE LOS QUE VAN ENTRE SARRACENOS Y OTROS INFIELES”.

Hoy en día es de una evidencia palmaria que nos enfrentamos a un desafío apostólico muy especial con los niños y jóvenes. Nuestra sociedad ya no se asemeja a la cristiandad en la que la religión marcaba todos los aspectos, desde la cultura hasta la ideología. En la actualidad, se acepta la secularización como algo natural, lo que significa que la fe debe considerarse una opción personal que no siempre se ve favorecida por el entorno que nos rodea, incluso por las mismas familias de los alumnos.

Desde esta perspectiva, el apostolado ya no puede ser una actividad rutinaria destinada a mantener una fe heredada que no se cuestiona ni preocupa. Ya sea para apoyar y profundizar en la fe de aquellos que se consideran parte de la Iglesia de manera responsable o para volver a proclamar el mensaje evangélico a quienes se les llama cristianos por convención, debemos hacerlo de manera seria pero atractiva. Debemos ser capaces de ofrecer un horizonte de significado en una sociedad diversa, donde las personas puedan vivir en solidaridad como seres humanos abiertos a la trascendencia de un Dios que nos ama.

Esto es precisamente lo que Francisco y sus hermanos intentaron hacer: ofrecer un futuro de parte de Dios a aquellos cuyos caminos parecían bloqueados, acompañar a quienes soñaban con diferentes formas de ser en una sociedad cambiante, y compartir tanto la alegría de los logros como el dolor de los errores cometidos en el camino.

Es cierto que las formas específicas en que se llevaron a cabo estas actividades apostólicas en la Fraternidad primitiva estaban arraigadas en su época y contexto, por lo que es posible que no sean directamente aplicables hoy en día. Sin embargo, al releer sus acciones, podemos identificar los valores evangélicos que las sustentaban, que podrían resumirse de la siguiente manera:

1. El valor testimonial de una vida evangélica coherente. En una sociedad saturada de palabras, imágenes y estímulos no se puede comunicar el mensaje del Evangelio únicamente a través de discursos grandiosos y argumentos persuasivos. Si las palabras no van acompañadas de un estilo de vida que refleje el de Jesús, se vuelven simples sonidos sin significado. La autenticidad de la evangelización y el apostolado radica en que el mensaje transmita lo que ya ha sido experimentado y vivido. Esta coherencia y radicalidad es un elemento clave que los jóvenes nos exigen de manera tajante: en ese sentido, los jóvenes son sensibles a nuestras costumbres de consumo, la manera en que vestimos, la manera en que nos relacionamos con ellos y con los otros profesores...

2. Estar presentes en los espacios de pobreza y cultura fronterizos. Tradicionalmente, los franciscanos han sido considerados como “hombres del pueblo”. Sin embargo, acompañar a las clases populares en su religiosidad puede tener desafíos. No basta con mantenerlos en su folklore religioso, por valioso que sea; la vivencia del Evangelio tiene implicaciones éticas que deben ser parte de su vida diaria. Por eso se intenta trabajar una pastoral educativa desde los postulados de la Doctrina Social de la Iglesia: voluntariado, oración de intercesión, solidaridad intergeneracional...

Al mismo tiempo, este acompañamiento no debe impedirnos evangelizar otras zonas mucho más complejas como las relaciones afectivas mal gestionadas por el ambiente cultural, el relativismo moral, la indiferencia, la ideologización, el consumismo mordaz. Esperar que el mensaje evangélico “purifique” de manera mágica o espontánea esta realidad sin acercarnos a ellas, resulta por lo menos sospechoso, ya que indica nuestra incomodidad para situar la fe en el ámbito de lo debatible como un paso previo para ser aceptada.

Por otra parte, como lo sugeríamos anteriormente, con la superación del concepto de Iglesia como una entidad que abarca toda la sociedad, los términos “fiel” e “infiel” no se relacionan tanto con un lugar específico como con una situación de fe. Por lo tanto, debemos abordar esta cuestión de manera diferente. Cuando hablamos de misión, nos referimos a la labor destinada a difundir el Evangelio en realidades que no son predominantemente cristianas y a establecer la presencia de la Iglesia en lugares donde aún no está plenamente establecida.

En las iglesias jóvenes del Tercer Mundo, comúnmente denominadas “misiones”, la evangelización sigue acompañada de asistencia humanitaria, ya que existe una mayor necesidad de ambos aspectos. Sin embargo, esto no es aplicable en culturas más desarrolladas como la nuestra, donde el Evangelio debe proclamarse sin ningún tipo de apoyo externo. Es así como ignorar la realidad y creer que Europa, con sus raíces cristianas, sigue siendo mayoritariamente cristiana es un error costoso.

La mayoría de los bautizados mantienen una religiosidad vaga y superficial, pero su vida no se guía por la fe o el Evangelio, sino por otras ideologías y motivaciones. Esto se hace manifiesto en las sucesivas generaciones que pasan por nuestras plataformas y etapas catequéticas. Suelen decir las catequistas, a título anecdótico, que los niños que empiezan su itinerario de formación para la primera comunión son niños “paganos” en un sentido lato (llegan ya niños sin bautizar) como figurado: han de empezar las catequesis enseñando la señal de la cruz.

En este contexto, debemos reinterpretar la actividad misionera de Francisco y su Fraternidad. La misión no debe confundirse con el apostolado, que implica

fortalecer y celebrar la fe de la comunidad eclesial. En cambio, la misión implica acercarse a sectores de la sociedad que ya no basan su vida en la fe, como es nuestro caso con nuestros alumnos. El objetivo es hacer que el mensaje evangélico del Reino ofrecido por Jesús sea presente y aceptable.

Sin embargo, debemos ser conscientes de que la sociedad ha cambiado y ya no acepta lo religioso, es decir, la fe, como un valor incuestionable. En un mercado de ideologías y valores pluralista, el cristianismo se ha vuelto solo una opción más, aparentemente irrelevante. La cultura contemporánea muestra indiferencia hacia la experiencia cristiana, y los cristianos ya no captan la atención de la sociedad. Esta situación nos obliga a explorar nuevas formas de evangelización que permitan la comunicación del mensaje evangélico. Estas formas deben ser humildes y no buscar la autosuficiencia ni el perfeccionismo, ya que no somos superiores ni tenemos todas las respuestas.

Evangelizar a cristianos agnósticos que han abandonado la fe en busca de una supuesta modernidad requiere no solo un nuevo lenguaje, sino también la creación de nuevos símbolos que se relacionen con la cultura actual y sean comprensibles. Anunciar nuestra fe en el Resucitado en la sociedad actual implica vivir y celebrar la fe de manera diferente. Esto conlleva riesgos y errores, pero no podemos quedarnos atrincherados en un fundamentalismo cerrado. La credibilidad de la fe en la sociedad actual requiere valentía y disposición para proclamar a Jesús de manera que sea inteligible en un contexto cultural diverso.

Esta forma de misión es aún más desafiante que la realizada en culturas menos desarrolladas, ya que implica una mayor preparación y una presencia sin dogmatismos ni actitudes paternalistas. Se trata de un servicio humilde que nos lleva a compartir nuestra visión desde la fe, pero sin la intención de imponerla, permitiendo que el Evangelio penetre gradualmente en la vida de las personas y madure en ellas, para que puedan afirmar con libertad: “Creo en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo”.

En ese sentido, desde la Pastoral de nuestro colegio, intentamos acercarnos al corazón del alumno desde experiencias concretas como la de la Alegría, virtud eminentemente franciscana y universal.

Efectivamente, la alegría se experimenta de manera espontánea y natural. Francisco tenía dificultades para lidiar con la tristeza y la melancolía. Para él, la alegría interna no tenía relación con la vanidad, la superficialidad, las palabras inútiles o la frivolidad, sino que estaba relacionada con la tranquilidad de un corazón en paz y libre de amargura. Por ejemplo, Francisco advertía contra el uso de palabras vacías que incitaban a la risa sin un propósito significativo.

Tanto la alegría interior como la exterior se nutrían de la pureza de corazón. El auténtico gozo no se relacionaba con la posesión o la acumulación de bienes, sino con la humildad y la renuncia a los deseos de tener y dominar. El sufrimiento también era parte de la experiencia de la alegría, ya que permitía al individuo liberarse de sí mismo y encontrar la paz en Dios. Para Francisco, la muerte no era una amenaza, sino una bienvenida como puerta hacia un encuentro definitivo.

Francisco mantenía una profunda conexión con la naturaleza y todas las criaturas. Él no intentaba poseer ni espiritualizar la naturaleza, sino que la valoraba en su estado original y espiritual. Predicaba a los pájaros, bendecía a los peces y mostraba respeto por todas las formas de vida. Su relación con la creación era de amor y respeto, reconociendo que todas las criaturas eran creaciones de Dios.

El estilo de vida en fraternidad que Francisco y sus hermanos practicaban era un testimonio de vida que ofrecía un servicio pastoral a la Iglesia y al mundo. Vivir en fraternidad era una forma de evangelizar y mostrar el camino hacia una sociedad más humana y comunitaria. Esta vida en fraternidad también era un llamado a la simplicidad, la paz y la pobreza, valores que enriquecían la experiencia de la alegría y la felicidad. Es así como el conjunto de las actividades relacionadas con las exhortaciones y alabanzas, mencionadas en el capítulo 21 de la Regla no bulada, debe entenderse en el contexto de la alegre expresión artística de los juglares ambulantes que veía nuestro Padre: Los Hermanos Menores nos hemos de asemejar a trovadores errantes que comparten el mensaje del amor de Dios, y cuya tarea principal es crear un ambiente de alegría espiritual. A cambio de su actuación espiritual, buscan la conversión o la penitencia de quienes los escuchan.

En resumen, Francisco de Asís y sus seguidores abrazaron un estilo de vida que promovía la alegría a través de la humildad, la renuncia y la relación armoniosa con la naturaleza y todas las criaturas. Su enfoque en la fraternidad y la simplicidad les permitía ser un ejemplo vivo de evangelización y servicio a la Iglesia y al mundo.

Concretando estas propuestas, los hermanos –religiosos y laicos– que estamos al servicio de nuestros alumnos, proponemos varios ejes de trabajo para poder hacer llegar la alegría y la paz a aquellos que el Señor nos ha confiado.

Podemos empezar por el proceso que la Pastoral Juvenil Franciscana que busca crear pequeñas fraternidades locales de fe donde el niño se inserte desde sus 10 años hasta los 35 años, momento donde, en principio, ha tenido que discernir sobre su opción vocacional ya sea al matrimonio, la vida consagrada o el sacerdocio.

Así, a modo de ejemplo el itinerario se propone cuando los niños acaban de recibir la comunión. La fase inicial se denomina “FRANCESCO”. En esta etapa, invitamos a los jóvenes de aproximadamente 10 a 14 años a conocer a San Francisco de Asís, especialmente en los primeros años de su conversión y en los momentos más relevantes para la vida de un adolescente. También exploran la vida de otros santos franciscanos, con un enfoque destacado en Santa Clara, a la que se dedican tres catequesis en los cuatro años.

Cada año consta de cuatro catequesis, cada una de una sola sesión, que el animador local debe incluir en su programación anual (por ejemplo, en octubre, enero, marzo y mayo). Estas catequesis se dividen siempre en cuatro partes, siguiendo el tradicional esquema del “ver, juzgar, actuar”: encontramos por tanto momentos formativos y vivenciales diseñados para transmitir contenidos y ayudar a los adolescentes a mejorar sus vidas desde una perspectiva cristiana. Del mismo modo, estos materiales ayudan a los adolescentes a aprender sobre San Francisco y otros santos franciscanos, y a reflexionar sobre su propia vida y vocación a la luz del estilo de vida de Francisco y Clara sin olvidar los aspectos eclesiales esenciales sobre la fe de la Iglesia, los mandamientos, los sacramentos, la historia de la salvación, entre otros temas.

Por otra parte, las sesiones de catequesis están estructuradas de manera que el joven reflexione brevemente sobre su propia vida, familia, etc. Este punto de partida, que no debe durar más de 10 minutos, sirve para romper el hielo y preparar la siguiente sección, donde se explorará el mismo tema, pero desde la perspectiva de San Francisco, Santa Clara u otro santo franciscano. La catequesis no se limita a ser una charla o conferencia; también incluye un llamado a la acción y un compromiso de vida. Cada catequesis finaliza con una breve parte (de aproximadamente 5-10 minutos) en la que se invita a los adolescentes a tomar un compromiso concreto y revisable basado en la reflexión sobre sus vidas y el carisma franciscano. Las sesiones concluyen siempre con un momento de oración (aproximadamente 5 minutos) centrado en un pasaje del Evangelio que ilumina los temas discutidos durante la sesión. El catequista puede adaptar los textos y agregar elementos como canciones u otros elementos para enriquecer la experiencia de oración.

En adición a las catequesis se propone la realización de eventos comunes por cada etapa de crecimiento en la fe con los niños de nuestras parroquias, colegios y conventos del entorno (campamento franciscano, convivencias, pascuas, peregrinaciones, asistencia a eventos de la Iglesia universal como las JMJ...). Del mismo modo, se busca que los jóvenes “egresados” de este itinerario, sean los propios evangelizadores de las nuevas generaciones. De ahí

que se les acompañe de manera personalizada (dirección espiritual, jornadas de formación para novios y matrimonios jóvenes), se les brinde formación humana, doctrinal (jornadas de formación) y espiritual (ejercicios espirituales) para que puedan asumir la responsabilidad de formar y evangelizar a los niños.

En otro plano, no excluyente, situamos el ingente trabajo realizado en nuestro centro que cuenta más de 1200 alumnos con edades comprendidas desde los 3 hasta los 18 años.

El Equipo de Pastoral –compuesto por profesores y religiosos– propone así actividades de una gran diversidad destinadas a abarcar la compleja realidad de nuestro colegio.

Por una parte, se trabaja:

- En relación con el profesorado: todos los profesores están implicados en la pastoral siendo actores de la evangelización (tutorías ad hoc, acompañamiento de los alumnos a convivencias, realización de actividades de naturaleza confesional con los alumnos) o destinatarios de la misma (oraciones en los tiempos fuertes, convivencias propias, formación cristiana y carismática).
- En relación con el alumnado: se trabaja en primer lugar el eje sacramental tradicional ofertando las catequesis propias de primera comunión y de confirmación. También, los alumnos participan en campañas solidarias (locales o de la Iglesia universal), son destinatarios de una multitud de material pastoral (himnos, lemas, cartelería, tutorías), se les proponen actividades especiales (ej. Noches TAU, convivencias, campamento, camino de Santiago) donde el mensaje evangélico puede ser latente o manifiesto. Los alumnos también tienen como costumbre rezar el Ángelus todas las mañanas y empezar la primera hora de clase con un momento de oración dirigido por sus tutores o profesores. Igualmente tienen acceso en cualquier momento a la capilla y se les invita de manera semanal a adorar al Santísimo sacramento. Por fin, señalar la confianza que se deposita en algunos de los alumnos que se designan como “delegados de pastoral” y que tienen pequeñas responsabilidades en cuanto enlaces entre el equipo de pastoral y su aula: ellos están llamados a cuidar, animar y colaborar en la vida espiritual de sus compañeros.

Así, a modo de conclusión de esta brevísima reseña, el fraile franciscano en el colegio del siglo XXI no hace más que un apostolado de la paz y la bondad,

proclamando la Buena Nueva con alegría, que es el resultado de un corazón lleno de paz y benevolencia basado en el amor hacia Dios y hacia los demás.

Nuestra vida no solo se convierte en una ferviente oración por la paz y el bien de amigos y enemigos, sino que también se traduce en acciones concretas de pacificación y beneficencia (TC 58). En ese sentido estamos llamados a ser verdaderamente “amables, pacíficos y humildes, pacientes y humildes, hablando con honestidad a todos, como corresponde” (2 R 3,10-11). Esta simple presencia cristiana y evangélica, impregnada de caridad y oración por igual, es la forma de nuestro apostolado, accesible a todos, y tiene un papel principal en la expansión del Reino de Dios (2 Cel 164).

Siguiendo el deseo del Señor, Francisco solía saludar a todos los que encontraba en su camino deseándoles paz (cf Test 23; TC 26). Así que el distintivo característico de la presencia franciscana debería ser este: que en todas partes fomentemos la “Paz y el Bien”. Siempre dejemos brillar la imagen de Aquel que es Dios, el Bueno y el Bien por excelencia, bendiciendo y haciendo el bien, de modo que las personas, al vernos y escucharnos, glorifiquen al Padre celestial y lo alaben con devoción (cf TC 58)”.

La alegría es el resultado del amor y, a su vez, inspira un amor cada vez más generoso, noble y desinteresado. Es por eso que, impulsados por el Espíritu del Amor, expresamos nuestra alegría en adorar, alabar, admirar, agradecer, bendecir, glorificar y honrar al Dios que es el Padre de todo lo bueno. También podríamos decir que esto se extiende a sus hijos e hijas, nuestros hermanos y hermanas en Cristo, así como a todas las criaturas que Él nos ha dado.

Siguiendo un instinto interno y profundo del Espíritu, Francisco y sus seguidores se convirtieron en “juglares”, cantando sobre la bondad del Padre Dios, que brilla a través de toda la creación. Por lo tanto, en nuestro colegio debemos celebrar la vida de verdad, cantando con auténtica alegría que, de la misma manera que la tristeza, tiene el poder de contagiar a otros.